

# PACTAR CON LOS PERROS

BIEN sé qué publicar que a uno mismo no le hacen tilín los perros (ni otros animales de hogar) es correr un riesgo frente a buena parte de los lectores, sin cuyo aliento el escritor se ahoga. Si hoy me atrevo, es porque puedo decirlo, en pasado, purificado por la enmienda.

Siempre, siempre se habló de «ellos» -sus desayunos, los daños a terceros, las vacunas- sucesores del tema de las disidencias secundarias, que en su día habían reemplazado el de los coches conseguidos por recomendación. Principios científicos sobre las razas eran intercambiados con seriedad. Otras veces se descendía a detalles ornamentales pero no triviales, como el asunto de los champús. Y unas señoras celestineaban sin rubor sobre propicios apareamientos, en beneficio de un macho, dogo alemán enorme y de una hembra pura de similar condición. Me acordé de que en la filosofía unamuniana, si el perro fuese racional y se le preguntara ¿para quién hizo Dios el mundo?, contestaría que para, el perro, y nadie dirá que la respuesta sea tonta. Algo chocante sí me parece la misma afirmación canina en boca de hombres.

Pero a más de su presencia absorbente en la conversación, los perros están ahí en persona -sí, en persona-: salen a recibirme juguetones en los vestíbulos de las casas amigas; me corren por todo el jardín de mis anfitriones; y como son animales listos -a cada cual lo suyo- intuyen mi secreta renuncia, que a veces es temor, y me gastan la broma entre cariñosa y agresiva de mordisquearme los pantalones con amenaza de las piernas, todo bajo la mirada cómplice y hasta divertida de sus amos. A los cuales yo debo sonreír, satisfecho. Qué digo satisfecho: agradecido.

De modo que me he tomado una reflexión. Está claro que debo jugar o no arrimarme a la mesa de juego. Errar o dejar el banco. Retirarme a una isla desierta o vivir en la sociedad de los hombres. De los hombres pero con los perros. Decidí pactar con los perros.

Y resulta que no me pesa. Tampoco es que se trata de una conversión entusiasta -por esto mismo confío en ella-; pero sí, las cosas han cambiado y yo lo noto en los ojos sagaces de mis aliados, veo su consideración creciente, como si yo fuera, para ellos, un hombre sin sombra de bastardía, digamos un hombre con «pedigree».

Lástima que ya empiece a inquietarme por la incesante escalada. A sufrir el temor de que los perros sean sobrepasados -hay indicios- por domésticos micos, gibones, guacamayos, osos enanos y cachorros de ocelote cuando no del jaguarondi. Ahora que al fin me estoy encariñando con los canes, no quiero ni pensar en alianzas con el gran magnate de la India, que se anuncia como un discreto encanto burgués.

**Antonio PEREIRA**